326
Legajo 5
Letra M

6776

ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMÁTICA.

MARÍA STUARDO

DRAMA EN TRES ACTOS Y CUATRO CUADROS, EN VERSO

IMITACION

DE LA CÉLEBRE TRAJEDIA DE FEDERICO SCHILLER

POR

JOSÉ CAMPO-ARANA

Estrenado en el Teatro Español el dia 24 de Enero de 1879.

MADRID.
CALLE DE SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1879.

MARÍA STUARDO

Al mas afortunado de los empresarios y
el cómico de los galanes y mas galan
los cómicos D. Emilio Mario.

Su amº. affmo

[illegible]

MARÍA STUARDO

DRAMA EN TRES ACTOS Y CUATRO CUADROS, EN VERSO,

IMITACION

DE LA CÉLEBRE TRAJEDIA DE FEDERICO SCHILLER

POR

JOSÉ CAMPO-ARANA

Estrenado en el Teatro Español el dia 24 de Enero de 1879.

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO

de los Sres. M. P. Montoya y Compañia Caños, 1

1879

PERSONAJES.	ACTORES.
María Stuardo.....	Srta. Mendoza Tenorio.
Isabel de Inglaterra.....	Calderon.
Ana.....	Sra. Revilla.
Mortimer.....	Sres. Calvo (D. Rafael.)
El conde Leicester.....	Calvo (D. Ricardo.)
Milor de Burleigh.....	Martinez.
Talbot.....	Guerra.
Sir Pauleto.....	Calvo (D. José.)
Melvil (1).....	Gimenez (D. Donato.)
Un paje.....	Letre.

Cortesanos, Soldados, Damas.

El acto primero y el segundo cuadro del tercero, en el castillo de Fotheringay; el acto segundo, en el parque del mismo, y el primer cuadro del tercer acto en el palacio de Isabel.

(1) Véase la página siguiente.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los señores comisionados de la galería *Lírico-Dramática*, perteneciente á *D. Eduardo Hidalgo*, son los exclusivos encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Sólo muestras de afecto y consideracion ha recibido el autor de esta humilde obra ántes y después de su representacion. Al hacerlo público, necesita expresar su agradecimiento á la bondad de la Empresa del Teatro Español y del Sr. Calvo (D. Rafael), que no vacilaron un momento en someterla al fallo del público; á la prensa madrileña, que la ha juzgado con benevolencia digna de su noble mision; y á los actores todos, que, conociendo lo difícil del empeño, no opusieron el más pequeño obstáculo á su realizacion, y la han llevado á cabo con una fe digna de mejor empleo, muy especialmente el señor Gimenez (D. Donato), que aceptó y ha dado vida con su clarísimo talento á un personaje insignificante, sí, pero que el autor creyó deber confiar al que, como este simpático actor, gozára de grande y merecida influencia con el público.

608693

A LA SRTA. DOÑA ELISA MENDOZA TENORIO

En testimonio de profunda gratitud,

El Autor.

ACTO PRIMERO.

Un salon en el castillo de Fotheringay.

ESCENA PRIMERA.

PAULETO, MELVIL, ANA.

ANA. Vamos, dejadle pasar.
PAULETO. Imposible.
MELVIL. Yo os lo ruego,
sólo por verla he emprendido
tan largo viaje.
PAULETO. Volveos.
MELVIL. Traigo una mision de paz.
ANA. ¿Pero qué mal hay en ello?
¿Por qué quitarla el placer
de ver, siquiera un momento,
á uno de sus servidores?
PAULETO. Ese placer es un riesgo;
no hay nada que de sus artes
no pueda ser instrumento.
MELVIL. Pero yo...
PAULETO. Ya me cansais...
ANA. ¡Teneis entrañas de hierro!
Ver á una mujer aún jóven
y hermosa...
PAULETO. Sí, pues por eso.

ANA. Encerrada en esta cárcel...
PAULETO. Ese es el único medio
de que no cometa crímenes.
MELVIL. Basta, señor, ya obedezco;
pero siquiera una carta...
PAULETO. Ni una letra.
MELVIL. Bien, os dejo
y acaso otro dia...
PAULETO. En tanto
que yo conserve mi puesto,
no habeis de conseguir nada.
MELVIL. Adios, pues.
PAULETO. Que os guarde el cielo.
MELVIL. Ana, decid á la reina
que ha sido inútil mi empeño,
que tenga resignacion,
pues Dios así lo ha dispuesto.
PAULETO. Vaya, andad. Por fin se fué.
(Sale Melvil.)
Vaya enhoramala el necio.
ANA. Ah! Cuántas humillaciones!
!Quién dijera que este techo
alberga á la que fué un dia
dueña y señora de un reino!
PAULETO. Para purgar sus pecados
no necesita más que esto.
ANA. Maldito de Dios el dia
que pisamos este suelo!
PAULETO. Todo criminal maldice
la ley que ataja su yerros.
ANA. Pero una mujer...
PAULETO. Mujer!
Un demonio del infierno,
que aun sujeta entre cadenas
supo armar el brazo artero
de Babington y de Parry,
por quien no pasa un momento
sin que la sangre se vierta,
sin ser bastante el ejemplo
que hizo en Norfolk la justicia,
ni servir tal escarmiento
para detener el brazo

regicida de los necios
que, locos con sus hechizos,
van á morir sonriendo
por ella... Y por cada uno
que muere, renacen ciento...
Decis bien... Maldito el dia
que puso el pié en este suelo!
Pero ya se acerca plazo
de que haya paz en el reino,
y que Inglaterra respire,
si cumple bien el Consejo
que ha de dictar la sentencia

ANA. Y cómo os gozais en ello!...

PAULETO. Soy justo.

ANA. La reina viene;
guardad siquiera silencio.

PAULETO. A cualquiera engañaria
si viera su humilde aspecto;
pero yo...

ESCENA III.

DICHOS, MARÍA.

MARÍA. Aun estais aquí?
No es ya bastante este encierro!

PAULETO. Cumplo con mi obligacion.
Soy leal.

MARÍA. Yo lo confieso.
Mas prometedme un favor.

PAULETO. Segun: yo nada prometo.

MARÍA. Entre las últimas prendas
que yo guardaba en mi encierro,
y que me habeis arrancado...

ANA. ¡Qué infamia!

MARÍA. Hallareis un pliego
para mi hermana la reina:
le he escrito hace poco tiempo;
prometedme no entregarle
á lord Burleigh.

PAULETO. Yo no puedo

prometer ninguna cosa.
MARÍA. En esa carta pretendo
nada más, ver á la reina,
¿qué mal puede haber en esto?
como reina, como hermana,
como mujer, á ella debo
solamente confiarme.
PAULETO. Lo haré así.
MARÍA. Otro favor nuevo
quiero de vos. Ya hace años
que en mi desdicha, no tengo
para endulzar mis pesares
el sacrosanto consuelo
de la religion bendita
que vive pura en mi pecho,
la paz de la confesion,
la dicha del sacramento.
PAULETO. Vendrá el pastor del castillo.
MARÍA. No es eso lo que yo quiero:
¿ó acaso la que en la tierra
me arranca corona y cetro,
quiere tambien arrancarme
la que Dios me dá en el cielo?

ESCENA IV.

DICHOS, MORTIMER.

MORTIM. Tio.
PAULETO. ¿Qué ocurre?
MORTIM. Os esperan
dos señores del Consejo.
PAULETO. Voy enseguida.
MARÍA. Escuchad:
Aun otro favor pretendo.
Sois conmigo inexorable,
y hasta cruel; pero prefiero
vuestra dureza al desden
de ese imprudente mancebo,
para quien ni la desgracia,
ni la calidad, ni el sexo,

merecen respeto alguno.
Libradme de él, os lo ruego,

MORTIM. Mal me juzgais.

PAULETO. Vuestra súplica
me prueba que anduve cuerdo
al recibirle á mi lado
y confiarle mi puesto,
lo que á vos os le hace odioso
para mí le dá alto precio.
No es uno de esos galanes
que se rinden con el ruego,
ni se enternece con lágrimas
de mujer. Estoy contento.
(Vánse Mortimer y Pablo.)

ESCENA V.

MARÍA, ANA.

ANA. Sufrir tal humillacion!
y callar... quién lo diria!

MARÍA. Cuánto no me halagó un dia
la voz de la adulacion!...
Injusta ayer, y hoy injusta,
solo ha cambiado de acento;
ayer el del ruego hambriento,
hoy el de la saña adusta.
Hoy con su rigor no lucho
si ayer la oí con placer.
Por qué no la escuché ayer
con la calma que hoy la escucho!

ANA. Ah! Cómo cambian las penas!
Así habla María Stuardo.

MARÍA. Es, Ana, que me acobardo
al mirarme entre cadenas;
oprimen mi pensamiento
estas paredes sombrías,
hace espantosos mis dias
la voz del remordimiento.
y viene á aumentar el mal
de esta lucha interminable,

el silencio inexplicable
que hasta hoy guarda el tribunal

ESCENA VI.

DICHAS, MORTIMER.

MORTIM. (Entrando con precaucion y dirigiéndose á Ana.)
Vigilad por si alguien viene.
MARÍA. No te muevas.
MORTIM. Perdonad...
No sabeis quién soy... Tomad,
(Dándole una carta.)
y ver si hablarme os conviene.
MARÍA. Ah! Del cardenal de Guisa.
Ana, ve. (Ana va al fondo.) Qué sois su amigo!
MORTIM. Tan preciado honor consigo.
Mas ved que el tiempo precisa;
y perdonad mi imprudencia
si no os dejo concluir,
pero Burleigh va á venir;
ya está dada la sentencia.
MARIA. Y acaso á eterna clausura
me condenan?
MORTIM. No es bastante...
Mientras vivais...
MARÍA. Adelante.
MORTIM. No estará Isabel segura.
MARÍA. Y osará, de ódio cegada
la que hizo mi hermana el cielo,
hacer rodar por el suelo
mi cabeza coronada?
MORTIM. Eso al pueblo inglés no aterra,
que en sus espantosas luchas
ha visto ya morir muchas
de sus reinas Inglaterra.
Y del trono el brillo falso
no impidió con su oropel,
á la madre de Isabel
ir desde el trono al cadalso.
MARÍA. Pero Francia...

MORTIM. Apoyo vano:
ya de su empeño ha cedido,
pues la reina ha concedido
al duque de Anjou su mano.
MARÍA. No hay esperanza!
MORTIM. Alentad:
un fiel amigo os lo jura;
mañana tendreis segura
la vida y la libertad...
MARÍA. Cómo!
MORTIM. Silencio!... Valor!...
Aquí están.
MARÍA. Soy inocente,
y nunca verán mi frente
humillarse ante el dolor.
ANA. Señor: ten piedad
MORTIM. Os dejo. (Váse Mortimer.)

ESCENA VII.

DICHOS, BURLEIGH, PAULETO.

PAULETO. Milord de Burleigh. Ahora
sabreis ya...
BURLEIGH. Vengo, señora,
en el nombre del Consejo.
MARÍA. Con gozo habreis aceptado
el mensage...
BURLEIGH. Es mi deber.
MARÍA. ¿Quereis hacerme saber
lo que vos habeis dictado?
BURLEIGH. Yo no hago sino cumplir:
aún no os he dicho...
MARÍA. Por Dios,
¿cómo dudar, si sois vos,
quien me lo viene á decir?
Abreviad.
BURLEIGH. Yo no he querido
aumentar vuestros pesares.
El consejo de los Pares
al que os habeis sometido...

MARÍA. Miente quien tal asegura.
Sola, triste, encarcelada,
mi alma, de luchar cansada,
se humilló á la desventura.
Mas tal bajeza rechaza
quien miró su frente ungida,
y siente latir su vida
con la sangre de mi raza.
Yo recuso al tribunal;
me ampara la ley, que ordena
que quien dicte la condena
sea igual al criminal.
Pues me juzgan vuestras leyes,
yo á vuestras leyes me atengo:
reina soy, y yo no tengo
más iguales que los reyes.

BURLEIGH. Antes su jurisdiccion
habeis vos misma aceptado,
puesto que habeis contestado
al acta de acusacion.

MARÍA. Forzada de la malicia,
segura de mi inocencia,
no para pedir clemencia,
sino esperando justicia.
No pensando que mis jueces,
aunque cubiertos de honores,
eran los mismos traidores
que hollaron la ley mil veces.
Los que, haciendo al pueblo esclavo,
acataban sin enojos
los tiránicos antojos
de mi abuelo Enrique octavo.
Que osaron, por su interés,
de la misma que os envía,
declarar la bastardía
y hacerla reina despues;
los que hoy se cobran con creces
cien juramentos hollados,
y los que en cuatro reinados,
se vendieron cuatro veces.

BURLEIGH. Son cuanto de noble encierra
la nacion, no lo ignorais...

y puesto que respirais
el aire de la Inglaterra,
ellos vuestros jueces son...

MARÍA. Al escucharos me admiro...
Aire!... No, milord, respiro
la bruma de la prision.
Vine á buscar soledad
y consuelo en esta tierra,
y, cómo cumplió Inglaterra
la santa hospitalidad?
Cómo pagó la nobleza
de la que en su honor fiada,
llegaba aquí despojada
de su trono y su grandeza?
En lugar de compasion
solo desprecio tuvieron,
y en vez de brazos, me abrieron
las puertas de una prision.
Me apartaron de los fieles
servidores que aun tenía,
robaron con mano impía
mis alhajas, mis papeles,
y arrancó su mano impura
envidiosa de mis glorias,
hasta las dulces memorias,
de mis dias de ventura.
Y aun aumentó tanto horror,
y nueva pena inventaron,
que hasta de mi Dios me aislaron
negándome un confesor.
Y en medio de tanta guerra
de este infierno en que deliro,
osais decir que respiro
el aire de la Inglaterra!

BURLEIGH. Yo no os puedo contestar:
acaso tengais razon.....
Mas yo cumplo una mision.

MARÍA. Pues yo no os quiero escuchar.
Sé que no hay nada que os tuerza,
que Isabel quiere mi muerte;
yo soy débil, ella fuerte;
vencerá, mas con la fuerza.

Y si no os hace temblar
su voz, la podeis decir,
que puede hacerme morir,
más no me puede juzgar. (Váse.)

ESCENA VIII.

BURLEIGH, PAULETO.

BURLEIGH. Ya veis, su altiva arrogancia
ni ante la muerte se humilla:
en las gradas del cadalso
áun nos ofende y denigra.
PAULETO. Perdonad, señor, si os digo
que tal desprecio no haria
si no tuviera razones...
para reclamar justicia.
Lo cierto es que en el proceso,
como lo dice ella misma,
han pasado ciertas cosas...
irregulares... Debian
habérsele presentado,
segun en la ley se fija,
Babington, Tichburn y Parry
para ver si mantenian...
su declaracion...
BURLEIGH. Jamás!...
Conociendo la inaudita
seduccion con que subyuga
á todos los que la miran,
hubiera sido imprudente...
PAULETO. Mas se hubiera hecho justicia
y practicado la ley;
y así, habrá muchos que digan
que no es la ley quien la mata,
sino una violencia indigna.
BURLEIGH. Por ese temor, no más,
la noble Isabel vacila
en confirmar la sentencia;
pues los mismos que justísima

la llaman hoy, cuando corte
su cabeza la cuchilla,
condenarán ese fallo
llorando sobre la víctima,
y acusarán á la reina
de cruel y de vengativa.

PAULETO. Teneis razon; pero es cosa
tan triste como precisa.

BURLEIGH. No lo seria, si hubiera
un vasallo de alma digna
que consiguiera apartar
de la reina esa mancilla.

PAULETO. Cómo!

BURLEIGH. Que supiera oir
y obedecer en seguida
una órden tácita.

PAULETO. Tácita!

BURLEIGH. Que cuando se la confia,
contando con su lealtad,
la custodia de una víbora,
no la conservára intacta
como joya de valía.

PAULETO. Milord, el renombre augusto
y la fama sin mancilla
de la reina, son tan altos,
que apénas nadie sabria
respetarlos como es justo.

BURLEIGH. Cuando por mi iniciativa
se os confió la custodia
de la Stuardo, se creia...

PAULETO. Perdonad, milord; creyeron
y á fe que bien lo creian,
que á más honrado vasallo
confiarse no podia
una obligacion tan grande.

BURLEIGH. Pero á vos no se os obliga
á ejecutar...

PAULETO. No sigais,
por mis canas, por la Biblia
sacrosanta en que aprendí
de Cristo la fé divina,
os juro que mientras yo

guarde á esa mujer altiva,
tan libre como de locos
que por librarla conspiran,
del puñal de un asesino,
estará libre su vida.

ESCENA IX.

DICHOS, MORTIMER.

BURLEIGH. Quién es?...
PAULETO. Señor, es un mozo
que, como de mi familia,
me ayuda en mi obligacion
con lealtad y pericia...
Yo le he enseñado en mi escuela,
y ántes perderá la vida
que cometer una infamia
de mucha honradez indigna;
sabe bien que un alma pura,
y una conciencia tranquila
vale más que los fugaces
bienes que el poder prodiga.
MORTIM. Es verdad.
BURLEIGH. Bien... Adios, pues...
(Es jóven...) (Mirando á Mortimer.)
(Vánse Burleigh y Pauleto.)

ESCENA X.

MORTIMER, despues MARÍA.

MORTIM. Por qué me mira
de ese modo?.. Sabrá acaso?...
No es posible. Si adivina..
MARÍA. Estais sólo por fin?
MORTIM. Venid, señora.
que hablar podemos con descanso ahora.
MARÍA. Ah! Decidme...

MORTIM. Yo os ruego
que un momento no más, la vez primera
que á vuestros piés, rindiendo el alma llego,
hable de mí, que el alma toda entera
y la vida desde hoy á vos entrego.
Permitidme que os diga
cómo Dios ha dispuesto que yo fuera
quién, logrando burlar vuestra enemiga,
corona, libertad y vida os diera.
MARÍA. Hablad.
MORTIM. Aun no contaba
veinte años, educado
en el sombrío dogma protestante,
mi alma en vano buscaba
espacio libre en que tender el vuelo
y la razon austera me ocultaba
los espacios anchísimos del cielo.
Llevado por el fuego generoso,
de la risueña juventud, un dia,
ansiando del placer libar la copa,
abandoné estas costas escarpadas
por las ricas campiñas de la Europa.
Pasé á Francia, y de luz y sol sediento,
corrí á Italia, embriagándome en la vida.
de su azul y sereno firmamento
que el que una vez miró, jamás olvida.
Eran los dias de una fiesta santa;
cubrian los caminos
multitud de piadosos peregrinos,
y en la más pobre aldea,
entre el febril ardor de sus cantares,
de su fé renovaban los ardores
de aromas coronando los altares,
y las santas imágenes, de flores.
En su fervor habia
algo de la embriaguez de la victoria,
aquella muchedumbre parecia
la humanidad marchando hácia la gloria.
Y yo sentí mi alma subyugada,
y llenaron las lágrimas mis ojos
al verla prosternada
en muda adoracion, caer de hinojos

al vislumbrar á Roma, iluminada
del sol poniente por los rayos rojos.
Seguí adelante, y ví ya realizado
algo de aquel deseo,
que hasta entonces sin forma en mí sentia,
al ver en medio de la triste vía
las ruinas del gigante coliseo.
Y los soberbios arcos de victoria,
gigantes esqueletos,
que la idea de pátria animó un dia,
y que aun á ella sujetos,
cantaban del espíritu la gloria:
que aún en aquellas ruinas carcomidas,
dejó el tiempo inclemente
las piedras, destrozadas y esparcidas,
más la idea, el espíritu viviente.
Pero cuando con paso temeroso
pisé el umbral del templo consagrado,
y escuché embelesado
la música suave,
que se esparcia por la extensa nave
como en un alma triste la esperanza;
y ví subir al cielo
en columnas de aroma
el incienso quemado sobre el ara,
como si á Dios llevára
la ofrenda de la fe de los creyentes,
y en medio de mil luces refulgentes
un tembloroso anciano, en quien la vida
ya desataba los postreros lazos,
del Sér omnipotente mensajero,
nuncio de su poder, abrir los brazos
y dar su bendicion al mundo entero,
de Dios la augusta mano
sentí que se posaba en mi cabeza,
de sus ojos la luz hirió mis ojos,
doblé la frente... me postré de hinojos,
y entonces comprendí por qué se reza.

MARIA. Ah! Callad, yo os lo ruego.
Me hablais de fe, de dicha y de ventura.
Quién habla de la luz á un pobre ciego?

MORTIM. Yo que aprender queria

la nueva fe, busqué quien me enseñára
todo cuanto mi mente presentia.
Dios guiaba mis pasos,
y el cardenal de Guisa fué el maestro
que del error salvó mi alma doliente.

MARIA. Ah! Vos le habeis hablado!...
Seguid, habladme de él. Aun es, como era,
el honor de su nombre y del estado
y de la fe de Cristo la lumbrera?
Decid...

MORTIM. Aún es, señora,
el sacerdote de virtud modelo,
el príncipe más grande de este suelo.
Por él os conocí. Vagando un dia
de su palacio por las anchas salas,
fortaleciendo con su fé la mia,
mis deslumbrados ojos se fijaron
en un retrato. Quién pintar pudiera
toda la magestad y la hermosura
de aquel rostro sublime? Y quién dijera
que, ante la luz de vuestra imágen pura
pálido y frio parecer pudiera?
Yo sentí conmoverse mis entrañas,
parar la sangre el curso apresurado
y mil visiones mágicas y extrañas
cruzar mi pensamiento arrebatado.
Erais vos! Me dijeron vuestro nombre,
vuestro triste destino me contaron.
Y conforme iba oyendo
la crueldad de Isabel, vuestros dolores,
dos pasiones en mi alma iban surgiendo
mi voluntad domando al fuerte yugo:
el amor á la víctima inocente,
y el ódio y el horror á su verdugo.
Ellos volar me hicieron á Inglaterra,
y hoy que la dicha de miraros logro,
la mente en Dios y la rodilla en tierra,
yo renuevo el prestado juramento
de hollar la frente impía
de la mujer nefanda
que mancha el trono de la pátria mia
ó de morir por vos en la demanda.

MARÍA. Alzáos. Qué intentais?... Todo es en vano.
La desgracia persigue á mis amigos.
El poder de Isabel es soberano...
No aumente vuestra muerte más mis penas,
recordad que tan solo han conseguido
morir y hacer mas duras mis cadenas
los mismos que romperlas han querido.
MORTIM. Pues, qué dicha mayor que dar la vida
por quien el alma conquistó primero?
MARÍA. No aumenteis mis afanes...
Quizá ya han descubierto vuestros planes.
Acaso Burlheig os persigue artero.
MORTIM. Nada temais; llegó la hora suprema,
el ministro de Francia nos ayuda.
MARÍA. Ah! Decís que no tema?...
MORTIM. Sí, y os libertaremos; nos escuda
el mismo Dios, en cuyo altar sagrado,
al recibir el santo sacramento,
treinta fieles cristianos han jurado
arrancaros al bárbaro tormento.
MARÍA. Inútil tentativa!
Sólo Isabel podria libertarme
MORTIM. No lo espereis de su alma vengativa.
MARÍA. Un hombre nada más puede salvarme
MORTIM. Decís que un hombre?..
MARÍA. Un hombre.
MORTIM. Oh! decidme su nombre
MARÍA. El conde de Leicester.
MORTIM. No os comprendo.
El conde de Leicester! El amante
de la hipócrita reina! El que fingiendo
á vos amor, os entregó en sus manos...
MARÍA. Si Dios en sus decretos soberanos
quiere que libre sea, él solamente
puede salvarme. Vedle en nombre mio,
entregadle este pliego, en él le envío
mi retrato...
MORTIM. (Retrocediendo.) (Gran Dios!)
MARÍA. Tomad
MORTIM. Señora...
(Oh¡ Qué extraño despecho me devora!)
Explicadme este enigma...

MARÍA. El conde os lo dirá... Marchad ahora.
(Mortimer toma el retrato.)
MORTIM. Así os fiais del mismo que os infama?
MARÍA. Cuidad de que Pauleto no os sorprenda.
Adios.
MORTIM. Adios. (Le ama!
Y yo le llevo de su amor la prenda!)

ESCENA XI.

MORTIMER, BURLEIGH.

(Mortimer queda un momento en silencio y despues guarda la carta y va á salir. En este momento entra Burleigh.)

BURLEIGH. (Aquí está.)
MORTIM. Señor...
BURLEIGH. Qué haceis?...
MORTIM. Aquí atento vigilaba
por mi tio.
BURLEIGH. Yo os buscaba...
MORTIM. Decidme qué me quereis.
BURLEIGH. Vos sois jóven, y parece
extraño que á vuestra edad
viva en esta soledad
quien mejor puesto merece.
MORTIM. Aunque quisiera, señor,
lograrle inútil seria,
pues no tengo todavía
quien me preste su favor.
BURLEIGH. Para alcanzar los mayores
tendreis ocasion y alientos;
sólo con merecimientos
se conquistan los favores.
MORTIM. Pero cómo habré de hacer,
si no he logrado encontrar
ni quien los quiera premiar,
ni á quien los pueda ofrecer?
BURLEIGH. Si de la reina en servicio
vuestra ayuda yo os pidiera?
MORTIM. Contento la vida diera...
BURLEIGH. Y os mostrariais propicio

á todo?...
MORTIM. A todo.
BURLEIGH. Pues bien:
hay quien la injuria y ofende
y la corona pretende
arrancar á Isabel.
MORTIM. Quién?
BURLEIGH. La que al verse envilecida,
que el mismo Dios la abandona,
no le basta su corona,
sino que quiere su vida.
Ya su muerte una sentencia
decretó.
MORTIM. Cúmplase en breve
pues...
BURLEIGH. La reina no se atreve,
teme la maledicencia...
Más al que cumpliera fiel
la sentencia, debería
Inglaterra su alegría,
y vida y trono Isabel.
MORTIM. De ellos no más es mi brazo;
yo al temor no me subyugo.
BURLEIGH. Sereis juez y no verdugo.
MORTIM. Ni aun ese nombre rechazo...
BURLEIGH. Sabeis ya...
MORTIM. Su nombre aguardo.
BURLEIGH. Ilustre es.
MORTIM. Mas criminal,
y para el bueno es igual.
BURLEIGH. Se llama María Stuardo. (Mortimer se estremece.)
MORTIM. Morirá... (Despues de un momento de pausa y como quien ha tomado nna resolucion.)
BURLEIGH. (Ah!)
MORTIM. (No era vana
mi sospecha...)
BURLEIGH. Vuestro brazo
será el de Dios...
MORTIM. Quiero un plazo.
BURLEIGH. De cuánto?
MORTIM. De una semana.
BURLEIGH. (Por fin!...) Bien. Cuando vayais

á decirme: está cumplida
la sentencia, por mi vida
pedidme cuanto querais.
MORTIM. (Vil asesino!..)

ESCENA XIII.

DICHOS, PAULETO.

PAULETO. Señor.
os esperan... (A Mortimer.) Qué has hablado
con Milord?.. Estás turbado...
MORTIM. Nada, yo...
PAULETO. Piensa en tu honor...
BURLEIGH. Adios pues.
PAULETO. Señor...
BURLEIGH. (Triunfé
y ya es mia la partida.)
PAULETO. Yo velaré por su vida.
MORTIM. (Ah! Sí! Yo la salvaré.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Parque del castillo de Fotheringay.

ESCENA PRIMERA.

LEICESTER, BURLEIGH.

BURLEIGH. Tambien vos dejais la caza?
Extraña ha sido por cierto
la ocurrencia de venir
á Fotheringay.
LEICEST. Pues de eso
sólo yo tengo la culpa.
BURLEIGH. Y tiene conocimiento
la reina de que se halla
á dos pasos del encierro
de su mortal enemiga?
LEICEST. Nada preguntó.
BURLEIGH. Pues temo
que no sea de su agrado,
y no anduvísteis muy cuerdo
en ordenar...
LEICEST. No os pedia
yo, milord, vuestro consejo.
BURLEIGH. Yo os hacia la advertencia
sólo por interés vuestro.
La reina es mujer, os tiene

un imponderable afecto...
y sabe que no se olvidan
tan pronto ciertos recuerdos...
Fuísteis prometido esposo
de la Stuardo en otro tiempo,
y...

LEICEST. Milord, basta de sátira
y de inútiles rodeos;
yo soy leal, y jamás
oculto mi pensamiento.
No puede acusarme nadie
hácia esa infeliz de afecto:
yo voté en el tribunal
su muerte, yo fuí el primero
que la persiguió.

BURLEIGH. Es verdad.

LEICEST. Si juez cumplí como bueno
y voté su muerte, en cambio,
como hombre la compadezco,
y me duelen sus desdichas
como noble y caballero.
Aquí conduje á la reina,
porque así salvarla espero
de que una mancha de sangre
empañe su nombre escelso,
y de que el mundo la acuse
acaso con fundamento,
de cruel.

BURLEIGH. Sois muy compasivo...

LEICEST. Y de ello me enorgullezco.

BURLEIGH. Pero mirad que la reina
piense como vos en ello.

ESCENA II.

DICHOS y PAULETO.

PAULETO. Perdonad si os interrumpo,
milores... saber deseo
dónde encontraré á la reina.

BURLEIGH. Para qué?

PAULETO. Tengo este pliego.
LEICEST. De quién?
PAULETO. De María Stuardo.
BURLEIGH. Imposible. Ya el consejo
ha dictado su sentencia,
y no es posible que un reo
de muerte...
PAULETO. Si lo prohibe
la ley, la reina de cierto
sabrá acatarla...
BURLEIGH. Traed.
PAULETO. Perdonad si no obedezco;
la carta es para la reina.
BURLEIGH. Habeis dado cumplimiento
á sus órdenes?...
PAULETO. Ignoro
qué...
BURLEIGH. Por su mandato expreso,
desde ayer vuestro sobrino
debe ocupar vuestro puesto.
PAULETO. Como soy vasallo fiel
sus órdenes obedezco.
Mortimer, en este instante
yo la custodia os entrego
del castillo, mas la carta
yo la he recibido siendo
guardian de María Stuardo,
y sabré hacer lo que debo.
LEICEST. Bien.
BURLEIGH. (Corro á parar el golpe.)
LEICEST. La reina se acerca; id presto,
ántes que milord la hable.
PAULETO. La leerá, yo os lo ofrezco.

ESCENA III.

LEICESTER, MORTIMER.

LEICEST. No hay duda, Burleigh me acecha,
y en perderme está empeñado.
Acaso ya ha despertado

en la reina la sospecha...
Yo la sabré disipar...
Eh! Qué quereis? (Viendo á Mortimer.) Me espiaba.

MORTIM. Señor conde, aquí aguardaba
porque con vos quiero hablar.

LEICEST. De qué?

MORTIM. El cielo nos asocia
en una noble demanda.

LEICEST. Cómo!...

MORTIM. Tomad: esto os manda
la que fué reina de Escocia.

LEICEST. (Quitándole la carta de las manos y mirando alrededor con sobresalto.)
Qué habeis dicho?... Callad!... Ah! (Abriéndola)
su retrato! (Mirándole con pasion)

MORTIM. (Observando) (Ha sido fiel...
y puedo fiarme de él.)

LEICEST. María! Qué hermosa está!..

MORTIM. (Calle la envidia menguada
que me consume en su fuego.)

LEICEST. Sabeis qué dice este pliego,
caballero?..

MORTIM. No sé nada.

LEICEST. Os tuvo que confiar
que yo...

MORTIM. Milord, soy discreto:
solo sé que este secreto
me podeis vos explicar.
Y lo anhelo por mi honor,
porque en mi mente no cabe
cómo un hombre, á la vez, sabe
ser verdugo y protector.

LEICEST. Tambien yo explicacion quiero,
pues tampoco se me alcanza
que otorgue tal confianza
el reo á su carcelero.

MORTIM. Voy á dárosla concisa:
de mi secta he abjurado
en Roma, y vengo enviado
por el cardenal de Guisa.

LEICEST. Vuestra conversion ya sé,
pero... No, recelo en vano,

Mortimer... Dadme la mano
y perdonad si dudé.

MORTIM. Tomadla...

LEICEST. Fué precaucion.

MORTIM. Justa, aunque mal empleada.

LEICEST. No hay vigilancia extremada
en quien teme la traicion.

MORTIM. Por más que en nombre tan alto
tanto temor no concibo.

LEICEST. Ah! Vos no sabeis que vivo
en contínuo sobresalto?

MORTIM. Vos! El galan predilecto
de Isabel.

LEICEST. Contra mí lidia
todo el mundo, y tengo envidia
al villano más abyecto.
Vivo, porque gozar puedo
de sus amargos favores,
cercado por los rencores
y abrumado por el miedo.
No sabeis la hiel que encierra
mi pecho: yo soñé un dia
que su amor me sentaria
en el trono de Inglaterra.
Por esta ambicion cegado,
diez años llevo sufriendo,
ya esperando, ya temiendo,
ya alegre, ya desdichado.
Por ver si la conseguia,
yo sacrifiqué mi honor,
mi fe, todo; hasta el amor
de la mujer que queria.
Y hoy, cuando creí tener
más segura mi esperanza,
otro, sin luchar, alcanza
lo que creí mio ayer...

MORTIM. Desdichado sois, es cierto.

LEICEST. Lo fuí; pero ya no dudo;
con este golpe tan rudo
á nueva vida despierto:
muerta mi loca ambicion,
me ofrece seguro asilo

el amor puro y tranquilo
que vive en mi corazon.
Pues María me perdona,
yo conquistaré su mano,
que un dia me ofreció en vano
con su amor y su corona.

MORTIM. Noble accion, aunque tardía;
hoy que el dolor la ha postrado;
si antes la hubiéseis pensado,
quizás ya libre estaria.

LEICEST. Siempre tuve decision
de salvar á María Stuardo,
pero aguardaba y aguardo
todavía una ocasion.

MORTIM. Pues bien; ha llegado el dia,
y ya no cabe tardanza:
á vuestra noble confianza
quiero pagar con la mia.
Yo he prestado juramento
de salvarla.

LEICEST. Qué intentais?

MORTIM. Si vos ayuda me dais,
conseguiré lo que intento,
y hoy será libre.

LEICEST. Qué? Vos?
Pero, cómo?

MORTIM. Cómo? Es llano.
Pues con la espada en la mano
y con la ayuda de Dios.

LEICEST. Imposible. En tal momento...

MORTIM. Salvarla es lo que interesa;
y no estoy sólo en la empresa,
con fieles amigos cuento
que morir han prometido
puestas en la cruz sus manos.

LEICEST. Teneis cómplices!

MORTIM. Hermanos!

LEICEST. Dónde me habeis conducido!
Les habreis dicho que yo...

MORTIM. Pues no se contó al pensarlo
con vos, y hemos de lograrlo
que vos lo querais ó no,

nada saben.

LEICEST. De manera
que yo puedo estar seguro
de que mi nombre...

MORTIM. Os lo juro,
ni lo conocen siquiera...
Mas vos mostrais tal cautela!
Quién siente temor al ver
que al cabo puede obtener
el supremo bien que anhela?

LEICEST. Es justa desconfianza,
que en empresa tan valiosa
la impaciencia es peligrosa.

MORTIM. El peligro es la tardanza.

LEICEST. Ese medio es insensato.

MORTIM. Para vos, que ambicionais
su mano y su amor lograis,
y poseeis su retrato.
No para los que han oido
su llanto y salvarla quieren
por salvarla, sin que esperen
otro premio que el olvido.

LEICEST. Jóven, teneis mucho ardor,
y el camino es espinoso.

MORTIM. Y vos andais muy calmoso
en un negocio de honor.

LEICEST. Yo veo do quier los lazos
en que caerá esa nobleza.

MORTIM. Y yo tengo la certeza
de romperlos en pedazos.

LEICEST. Esos ímpetus ardientes,
ese valor, es demencia.

MORTIM. Nunca, milord, la prudencia
fué virtud de los valientes.

LEICEST. Tentar tamaña locura,
acaso imposible haria
la salvacion de María
que casi está ya segura.

MORTIM. Y loco me habeis llamado!
Pues, qué salvacion hubiera
para ella, si yo cumpliera
lo que Burlheig me ha encargado?

Si yo el puñal asesino
clavara en su pecho inerte?

LEICEST. Qué decis?

MORTIM. Quieren su muerte,
y ese es el mejor camino.

LEICEST. Y habeis aceptado?

MORTIM. Sí.
Otro sinó hubiera sido.

LEICEST. Pues ya el fin se ha conseguido.
Vos el dueño sois aquí.
Yo, entretanto, con verdad
pintando su triste suerte,
lograré hacer que despierte
en Isabel la piedad.

MORTIM. Esto pensais, vive Dios!
Que no me parece poco
Loco! Me llamásteis loco!

LEICEST. Pero...

MORTIM. Y el loco sois vos.
Mendigar de una mujer,
acudiendo al ruego artero,
lo que como caballero
podriais sólo obtener.
Vos, el lord que tanto vale,
que no tiene en su grandeza
ni quien le iguale en nobleza
ni quien en poder le iguale.
Ah! Cese vuestro temor;
pues que la amais y ella os ama,
combatid por vuestra dama
con lealtad y con honor.
Si venceis, alta la frente
gozareis de la victoria;
si os vencen, qué mayor gloria
que morir tan noblemente?

LEICEST. Moderad esa vehemencia
y refrenad vuestro ardor;
creedme, siempre es mejor
la astucia que la violencia.

MORTIM. La que, fiando en el cielo
esa carta os ha enviado,
me espera, y vuelvo á su lado

sin que la lleve un consuelo.

LEICEST. Guardadla vos. (Le da la carta.)

MORTIM. (Tomándola con desprecio.) (Y es su amante!)
Bien.

LEICEST. Y decid á María,
que como en su alma, en la mia
vive el amor más constante.

MORTIM. Decídselo vos, milord,
que yo soy, porque lo quiero,
de sus quejas mensajero,
pero no de vuestro amor.

ESCENA IV.

LEICESTER, despues PAULETO.

LEICEST. Es jóven y generoso,
no hará, de fijo, carrera.
Pauleto, habeis conseguido,
al cabo, ver á la reina?

PAULETO. La he buscado inútilmente.

LEICEST. Aguardaos; aquí llega.
Y si al recibir la carta
de la Stuardo, no contesta
negándose á la entrevista,
sin que más preciso sea,
dad órden para que dejen
bajar á la prisionera
á este parque en el momento.

PAULETO. Pero...

LEICEST. Yo soy quien lo ordena.

ESCENA V.

DICHOS, ISABEL, BURLEIHG, TALBOT, CABALLEROS, todos en traje de caza.

TALBOT. Hoy es el dia de gozo
más grande para Inglaterra.

ISABEL. Y para mí de pesar,

Talbot. Mi voluntad era
ser libre toda la vida,
y que en mi tumba leyeran
los venideros: "Aquí
yace la reina doncella."
Mas no lo quiere mi pueblo,
que ingrato conmigo, piensa
en el dia de mi muerte.
No basta que hoy feliz sea,
y sacrifica mi dicha
á su dicha venidera.
Quiere darme un dueño, Talbot,
y con esto me recuerda
que soy mujer; sin embargo,
yo creo que en su defensa
he luchado como un hombre.

TALBOT. El pueblo, que reverencia
en vos todas las virtudes,
aprender en vos espera
las de esposa y las de madre.

ISABEL. No, Talbot, es ley suprema
que hace esclavo de su pueblo
al que una corona lleva...
Pero... qué quereis Pauleto?...

PAULETO. (Adelantándose.) Señora, la que fué reina
de Escocia, os manda esta carta.

BURLEIGH. Traed.

PAULETO. Despues que la lea
mi soberana. La Stuardo
de enemigo me moteja
y yo odio sólo sus faltas;
pero lo que en mi conciencia
es justo, aun en su provecho
lo haré. (La reina ha tomado la carta y lee.)

BURLEIGH. (A Pauleto.) Pero qué desea?

PAULETO. Ver á la reina.

BURLEIGH. Imposible.

PAULETO. Por qué?

BURLEIGH. La mujer artera
que hasta ha atentado á su vida,
no es digna de la clemencia.

TALBOT. Si la reina quiere darle

ese consuelo en sus penas,
por qué atajar ese impulso
generoso?

BURLEIGH. Su cabeza
pertenece ya al verdugo,
y es anular la sentencia
acceder á su deseo;
señora, la real presencia
lleva consigo la gracia...

ISABEL. (Enjugándose las lágrimas.)
Ah! Qué es la humana grandeza?
A qué extremo ha descendido
la que ya se creyó dueña
de tres naciones un dia! (A Leicester.)
Ved, milord, qué diferencia
entre esta súplica humilde
y la arrogante soberbia
de aquel tiempo en que hizo suyo
el escudo de Inglaterra,
y se dejaba llamar
por sus cortesanos dueña
de las tres islas británicas...
Ah! Me agobia lo tristeza!...

TALBOT. Señora, Dios ha tocado
vuestro corazon; no sea
inútil esa emocion
celestial; con crueles penas
ha pagado ya sus faltas;
dad oido á la clemencia

BURLEIGH. Yo en nombre de la justicia
y del bien de la Inglaterra,
os pido que no os dejeis
arrastrar por la nobleza
de vuestra alma

TALBOT. Mas...

LEICEST. Milores
que cada cual permanezca
en su lugar; este asunto
toca no más á la reina,
y ella sabrá resolverlo
sin que necesarios sean
vuestros consejos. Digno es

de su alma noble y excelsa
seguir el hermoso impulso
de la piedad, sin que tuerza
por eso el sereno curso
de la ley

ISABEL. No más querellas.
Dejadme. Yo hallaré medio
de conciliar la clemencia
con la justicia

LEICEST. (A Pauleto.) (Id al punto
y haced lo que os dije.)

PAULETO. (Sea
para bien.) (Vase. Los nobles se retiran.)

ISABEL. (A Leicester.) Conde, aguardad.

BURLEIGH. (El vence... Mas tiempo queda.)

ESCENA VI.

ISABEL, LEICESTER.

ISABEL. Parece que estais inquieto:
de la caza habeis huido...
Porque...

LEICEST. Sufro combatido
por el dolor y el respeto.

ISABEL. Pues qué extraña agitacion
así conmoveros puede?
No comprendo... Qué os sucede?

LEICEST. Me preguntáis la razon?
Mi alma, del dolor esclava,
huye el alegre bullicio,
porque hoy hace el sacrificio
de aquello que más amaba:
y ahora, al volveros á ver
se aumenta más mi dolor;
que siempre se ve mayor
el bien que se va á perder.
Quien el supremo bien deja
con el pecho sosegado?
Cuál mayor que verse amado
por vos?

ISABEL. Ah! Justa es la queja.
Si libre mi corazon
pudiera haber elegido,
Dudley, otra hubiera sido
de seguro mi eleccion:
mas llevando un nombre régio
hollar la razon de Estado...
Solo María Stuardo ha osado
lograr ese privilegio.

LEICEST. Hoy, en cambio, encarcelada
consume el llanto su vida
á la desgracia rendida.

ISABEL. Pero, y la dicha pasada?
Quién de sus dias felices
podrá igualar la victoria
de hacer título de gloria
hasta sus propios deslices?
Quiso sólo ser mujer,
y los hombres la adoraron,
porque en ella contemplaron
su único Dios: el placer.
Y con igual avidez,
aun rinde culto á la diosa,
la juventud bulliciosa
que la cansada vejez.
El mismo Talbot olvida
su edad, si su nombre escucha,
y muestra en su faz la lucha
de la vejez y la vida.

LEICEST. Fué su guarda, y tanto puede
una mujer engañosa.

ISABEL. Mas decidme: es tan hermosa
que todo á su encanto cede?

LEICEST. Dios la concedió ese don;
mas yo coloco en mi mente
á vos y á ella, frente á frente,
y os llevais el galardon.
Pierde todo su atractivo
cualquier humana belleza,
ante la hermosa nobleza
de vuestro semblante altivo.

ISABEL. Ella es más jóven...

LEICEST. Error!
Y el mal y los desengaños?
Nunca marchitan los años
lo que marchita el dolor.
Ella, que hoy de la inconstante
suerte llora la mudanza,
ya dejó atrás la esperanza,
y vos la teneis delante.
ISABEL. Quieren que mi enojo olvide
y la vea, y no consigo...
LEICEST. Conceded como castigo
lo que como gracia os pide.
Será pena ménos dura
para ella perder la vida,
que verse por vos vencida
en majestad y hermosura.
De la ley el brazo fuerte
no consumará el derecho,
que la envidia y el despecho
sólo la darán la muerte.
Oh! Si ahora os viera ella
un instante nada más...
ISABEL. Ahora. Por qué?
LEICEST. Jamás
habeis estado tan bella.
ISABEL. Ahora... Seria imprudente:
antes he de consultar
á Burleigh.
LEICEST. No puede entrar
mas que la ley en su mente.
Y os privará del placer,
del triunfo más merecido:
como reina habeis vencido,
pero no como mujer.
A más, nadie la verdad
podria saber, si fuera,
de modo que pareciera
dichosa casualidad.
Preparándolo con arte,
pues que ya en el bosque estais,
es muy fácil que podais
encontrarla en cualquier parte.

Yo lo haré.

ISABEL. Bien, si hallais modo;
más venid, la córte espera
y no es justo...

LEICEST. De manera
que accedeis?

ISABEL Accedo á todo.
Vamos, pues.

LEICEST. (Cayó en el lazo.)

ISABEL. Por la amargura pasada,
no quiero negaros nada
hoy.

LEICEST. Isabel!

ISABEL. Dadme el brazo.

(Vánse Isabel y Leicester. La escena queda un momento sola.)

ESCENA VII.

MARIA, ANA.

ANA. Detenéos, señora,
que no puedo seguiros tan ligera.

MARIA. No, déjame que goce libremente
de esta bendita hora,
de este loco deseo vehemente.
Estoy libre! A mi antojo vagar puedo;
las sombrías paredes
de mi cárcel oscura,
no me oponen su valla aborrecida,
y esta alegre pradera, esta espesura
me ofrecen aire, luz, libertad, vida.

ANA. No os dejeis arrastrar por el deseo,
que este bien guarda acaso otras congojas;
si no veis la prision, es que escondida
la tienen esos olmos por sus hojas.

MARIA. Oh, Dios! Benditos sean,
pues mi martirio ocultan
y de alegre esperanza me rodean!
Yo quiero imaginar que soy dichosa.
No puedo contemplar libre y sin duelo,
bañándose en su luz mi vista ansiosa,

el ancho espacio del alegre cielo?
Mira: allá abajo, al pié de esas montañas,
donde en bosque se tornan las praderas,
cuya cima á las nubes desafia,
empiezan de mi reino las fronteras...
Allí fuí reina un dia!...
Esas nubes ligeras,
que bordan al pasar el claro cielo,
llevan igual camino que mi anhelo:
devorando veloces la distancia
van á cruzar el mar con ráudo vuelo
y á saludar las costas de la Francia,
los frescos valles, las campiñas bellas
que esmaltan por doquier mi patrio suelo..,
¡Ay! Por qué no podré volar con ellas?...

ESCENA VIII.

DICHOS, PAULETO.

PAULETO. Ya veis que no os quiero mal.
MARÍA. Cómo! Es á vos á quien debo
este favor?
PAULETO. Por qué no?
Entregué á la reina el pliego
que me disteis...
MARÍA. Gracias, gracias...
Os juzgué mal.
PAULETO. Otro nuevo
favor debeis á la augusta
soberana...
MARÍA. No os comprendo.
PAULETO. La reina Isabel, está
cazando en el parque.
MARÍA. Cielos!...
ANA. Señora...
PAULETO. Acaso os disgusta?
No era ese vuestro deseo?
Vendrá á hablaros. Ved si es buena.
MARÍA. Por qué no adiviné yo esto?...
Verla!... Aquí! Ahora!... Imposible!

PAULETO. Pues no lo pedísteis?
MARÍA. Cierto.
Y eso que como favor
supliqué una vez y ciento,
ahora me aterra... Ven, Ana.
Vámonos de aquí... Ven presto...
Ah! Talbot!

ESCENA IX.

DICHOS, TALBOT.

MARÍA. Llegais aquí
enviado por el cielo.
No quiero verla...
TALBOT. Señora...
Volved en vos.
MARÍA. No, no puedo.
Me horroriza... Es imposible.
TALBOT. Calmáos: ved que vá en ello
vuestra suerte.
ANA. Oh! Dios... Señora...
TALBOT. Mirad que este es el momento
decisivo.
MARÍA. Sí, lo sé.
Le he esperado mucho tiempo.
Me he preparado á este golpe
largos años en mi encierro,
he grabado en mi memoria
entre lágrimas y rezos
una á una las palabras,
los reproches y los ruegos
que yo queria decirla
una vez, y veinte, y ciento...
y todo se me ha olvidado.
Sí, Talbot, ya no recuerdo
más que mi horrible martirio,
su traicion, mi desconsuelo,
y ódio no más, ódio solo
es lo que en el alma siento.
TALBOT. Calmad esa agitacion,

moderad esos extremos,
que el ódio en frente del ódio
no pueden dar nada bueno.
Aunque os duela, obedeced
la dura ley del momento,
y humillaos.

MARÍA. A ella! Nunca.

TALBOT. Dios lo quiere, no hay remedio.
Ella tiene el poder.

MARÍA. Ah!...

TALBOT. Mostradla al ménos respeto,
apelad á su indulgencia
y callad vuestros derechos:
no es este el caso oportuno,
lo primero es lo primero.

MARÍA. Ah! Yo he buscado mi pérdida
y me la concede el cielo.
Dios es justo. No debíamos
jamás frente á frente vernos...
He sido ultrajada, Talbot,
de tal modo, que no hay medio
de que me reconcilíe
con ella...

TALBOT. Pensad al ménos...

MARÍA. Me han tratado infamemente...

TALBOT. Desechad esos recuerdos
y pensad sólo en hablar
á la reina sin recelo.

MARÍA. Quién está con ella? Burleigh?
A su nombre solo tiemblo.

TALBOT. El no: la acompaña el conde
de Leicester, que es afecto
á vos.

MARÍA. Ah! Sí, bien lo sé.

TALBOT. Cómo?

PAULETO. La reina...

MARIA. Esto es hecho.

ESCENA X.

DICHOS, ISABEL, LEICESTER, UN CORTESANO.

(María se retira y permanece sin levantar los ojos apoyada en Ana.)

ISABEL. (Al cortesano.) Decid á mi comitiva
que vuelva á Lóndres despacio;
quiero volver á palacio
sin que el pueblo lo perciba...
Su cariñosa afeccion
me muestra de tal manera,
que ya al cariño supera
y raya en adoracion.
(El cortesano saluda y váse.)
Venid, conde, aquí no hay (A Leicester.)
quien nos pueda detener...

MARÍA. (Levanta la cabeza, vé á la reina y se cubre la cara con las manos.) Ah!

ISABEL. Quién es esa mujer? (Pausa.)

LEICEST. Estais en Fotheringay.

ISABEL. Quién hizo tal imprudencia!...

LEICEST. El azar, tal vez el cielo,
para dar espacio al vuelo
de vuestra régia clemencia.

TALBOT. Volved los ojos, señora,
y no os encuentre reacia
la queja de la desgracia,
que vuestro perdon implora.
(María reune sus fuerzas y trata de aproximarse á Isabel, pero se detiene y vá á echarse en brazos de Ana.)

ISABEL. Me engañásteis otra vez
burlando mi compasion.
En vez de la sumision
me encuentro con la altivez,
y hallo, en vez del ruego ardiente,
una mujer altanera,
á quien la suerte más fiera.
no hace doblegar la frente,

MARÍA. (Sea. Pues he de apurar
este cáliz de dolor,

dame, Dios mio, valor,
no me dejes desmayar.
Lejos de mí, orgullo altivo
y vanidad irrisoria!
No recuerde mi memoria
lo que soy ni cómo vivo.
Quiero, ante la misma que es
mi rival aborrecida,
humillar mi frente ungida
y arrodillarme á sus piés.)

(Dando algunos pasos hácia Isabel y arrodillándose pausadamente.)

El cielo en vuestro favor
ha dictado su mandato,
y yo la sentencia acato
sin envidia y sin rencor.
El coronó vuestra frente;
yo, que mi desdicha lloro,
me humillo ante vos, y adoro
su poder omnipotente.
Volved los ojos á mí.
Pues lográsteis la victoria,
haced mayor esa gloria
y no me dejeis así.
Partid conmigo la dicha
de triunfo tan soberano,
alargándome una mano
en medio de mi desdicha.

ISABEL. Estais en vuestro lugar.
Dios, que el triunfo me otorgó,
no ha permitido que yo
os tenga así que rogar.

MARIA. Pensad que inconstante es
la fortuna, y que varía,
que tambien fuí reina un dia
y hoy estoy á vuestros piés.
No hagais mayores mis penas
siquiera por el honor
de la sangre de Tudor
que corre por nuestras venas.
Sí, vos me quereis oir
y en vos la esperanza guardo.

ISABEL. Hablad, pues, lady Stuardo.
Qué me teneis que decir?
(María se levanta con indignacion.)
Que os oiga me habeis pedido,
y, aun cuando en razon no puedo,
yo ese favor os concedo,
mi rencor dando al olvido.

MARÍA. Cómo empezar? Qué decir?
Qué palabras podré hallar
con que me pueda quejar
y que no os puedan herir?
Me habeis tratado cruelmente...
Pero de ello no os acuso;
fué el destino, que interpuso
entre ambas un ódio ardiente.
Con nosotras ha crecido,
y por torpe ambicion, luego
otros hombres, de ese fuego
la llama han enardecido.
Mas cese la lucha cruel:
no es que altiva os desafía
una rival, es María
que habla á su hermana Isabel.
(Acercándose dulcemente.)

ISABEL. Ese afecto fraternal
tan de improviso nacido,
no tendrá, acaso, escondido,
tras la protesta un puñal?

MARÍA. Ah! Me respondeis así
cuando mi perdon espero!...

ISABEL. Sería, acaso, el primero
que alzaríais contra mí?

MARÍA. Yo no: fué el duro destino
de los reyes: sus rencores
truecan la paz en horrores
y al soldado en asesino.
Tal grandeza el sólio encierra
que el mal, como el bien, abulta;
cuando el sol su faz oculta
surge la noche en la tierra.
Si tan negra iniquidad
mis amigos cometieron,

ellos por mi bien lo hicieron,
más no por mi voluntad.
Pero ya no temais nada;
á vos todo lo abandono,
que ya no quiero ese trono
de que me he visto arrojada:
ya los altos pensamientos
no caben en mi alma triste,
que apenas, débil, resiste
tan continuados tormentos.
Ya no; en la oscura estrechez
he perdido en mi prision
el fuego del corazon
con el brillo de la tez.
Pero acabad, ay de mí!
Vuestra voz mi suerte labra;
pronunciad esa palabra
que os ha traido hasta aquí.
Decid:—Sois libre. Marchad.
Ya os he hecho reconocer
la fuerza de mi poder,
sentid ahora mi bondad.—

ISABEL. Ah! Ya os confesais vencida!
Ya no hay más complots arteros,
ni locos aventureros
que os sacrifiquen su vida:
ya todo encanto es ocioso,
que no os queda más que el nombre
y no encontrareis un hombre
para vuestro cuarto esposo:
ya no hay nécios delirantes
que se os ofrezcan rendidos,
que vos matais los maridos
lo mismo que los amantes.

MARÍA. Isabel! Hermana mia!
(Dáme paciencia, Señor.)
Soy débil.

ISABEL. (A Leicester.) Decid, milor,
es ésta aquella María?
Miradla bien: esta era
aquella belleza rara
que no hubo hombre que no amara

ni mujer que no temiera?

MARÍA. Basta.

ISABEL. Sí, basta. Hásta ahora
el disfraz habeis mostrado,
mas ya el disfraz arrancado,
mostráos cual sois.

TALBOT. Señora...

MARÍA. (Con cólera, pero con dignidad.)
He pecado, débil fuí;
el fausto, la adulacion
perturbaron mi razon;
y, pobre mujer, caí.
Pero en mi misma demencia,
rechacé, al verme culpable,
el engaño miserable
de una hipócrita apariencia.
Ay de vos, si la verdad,
despreciando vuestro anhelo,
rasgára el impuro velo
de vuestra debilidad!
Que si algun afecto honrado
es posible que en vos cuadre,
no será de vuestra madre
de quien lo hayais heredado.
Nadie ignora al ver mi pena
la culpa que tengo yo,
ni por qué virtud subió
al cadalso Ana Bolena.

ISABEL. Miserable!

TALBOT. (A María.) Hablar así,
es prudencia?

MARIA. Tuve poca?

LEICEST. (Arrastrando á Isabel.)
No la escucheis, está loca.
Salgamos pronto de aquí.
(Váse Isabel seguida de Leicester, Talbot y cortesanos.)

MARIA. (Gritando.) El trono bastarda planta
hoy profana y compromete!...
El pueblo inglés es juguete
de una infame comedianta!
El azar el triunfo os dió,
que si el derecho venciera

hoy á mis piés os tuviera,
porque la reina soy yo.

ESCENA XI.

MARIA, ANA.

ANA. Qué habeis hecho? Triste dia!
Prometísteis tener calma...
MARIA. (Que ha permanecido mirando alejarse á Isabel.)
Lleva la muerte en el alma!...
(Echándose en brazos de Ana.)
Qué bien me siento, Ana mia!...
Ya mi angustia y mi tormento
contemplo como favor...
Cien años más de dolor
no igualan á este momento.
ANA. Qué locura!
MARIA. La he vencido!...
Libre, por fin, mi altivez,
he sido reina otra vez.
Y él lo ha visto! Y él lo ha oido!...

ESCENA XII.

DICHAS, MORTIMER, vivamente agitado.

MORTIM. Oh! sí. La reina sois vos.
Vos la reina, ella la esclava.
Pero ya su triunfo acaba.
Reinareis, lo quiere Dios.
MARÍA. Ah! Qué intentais?
MORTIM. Olvidad
el martirio que os agita.
Su sentencia está ya escrita.
Que Dios me ayude. (Sale corriendo.)
MARÍA. Escuchad.

ESCENA XIII.

MARÍA, ANA.

MARIA. Su acento me causa miedo.
He leido en su semblante
algo terrible... Está loco,
loco...
ANA. Que el cielo se apiade
de nosotras!
MARÍA. Más, qué intenta?...
Ni aún ha querido escucharme...
Ana!...
ANA. Todo será inútil.
Esa mujer implacable,
á quien habeis humillado,
no os perdonará el ultraje.
Más, qué es eso?...
PAULETO. (Dentro.) Ola! Soldados,
cercad los muros del parque.
El asesino está dentro.
MARÍA. Qué dicen?...
ANA. Dios nos ampare!

ESCENA XIV.

DICHAS, MORTIMER con la ropa desgarrada y agitadísimo, despues LEICESTER, luego PAULETO y soldados.

MORTIM. (Cayendo de rodillas ante María.)
Ah! Perdon. Os he perdido!...
No supe el golpe acertar...
Yo la queria matar
y ni siquiera la he herido.
LEICEST. Desgraciada!
MARÍA. No os comprendo.
MORTIM. Huid. (A Leicester.)
LEICEST. Qué hablais, insensato?
MORTIM. Dejé caer el retrato

y la carta al ir huyendo.

LEICEST. Cómo! (Aterrado)

MARÍA. Todo lo adivino.

LEICEST. (Estoy perdido!... Huiré...
Ah, no!) (Con resolucion y gritando.)
Aquí, soldados.

MORTIM. Qué?

MARÍA. Cómo!...

LEICEST. Aquí está el asesino.

PAULETO Y SOLDADOS Muera! (Saliendo precipitadamente.)

MARÍA. (A Leicester.) Vos!... Dios soberano! (Cae desmayada en brazos de Ana.)

LEICEST. Sujetadle. (Los soldados sujetan á Mortimer.)

PAULETO. Tal traicion!...

LEICEST. (Aun hallaré salvacion:
corro á palacio.)

MORTIM. (Con ira y desprecio) Villano!...

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

CUADRO PRIMERO.

Cámara de la reina.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL, con un retrato y una carta en la mano, y BURLEIGH.

ISABEL. Burlarme de un modo tal!
Qué mujer fué así engañada?
Gozarse en verme humillada
ante mi odiosa rival!
BURLEIGH. Creedme, que no se alcanza
á mi pobre inteligencia,
en él tamaña imprudencia
y en vos tanta confianza.
ni perdonad si me quejo
de que inclineis la opinion
á la artera adulacion
más que al prudente consejo.
ISABEL. Si yo humillarla creia...
Y ella imprudente, altanera
me injurió... Y él? Quién pudiera

sospechar tanta falsía?
Cómo creerle traidor?
En quién fiar, Dios divino,
si así sabe un asesino
el lenguaje del amor?
El, por quien pisé la ley,
á quien hice igual á mí!
El traidor, que manda aquí
como dueño, como rey!

BURLEIGH. Ante la extraña influencia
de su loco amor, lo olvida.

ISABEL. Lo pagarán con la vida.
Está escrita la sentencia?

BURLEIGH. Héla aquí. Mi deber es.

ISABEL. Su muerte es justa, pues sea.
Quiero que él morir la vea.
Ella primero, él despues.
Ya sólo siento rencor,
sólo en su castigo pienso,
y ha de ser inmenso, inmenso
como ha sido mi favor.

BURLEIGH. Si alguien de vos no le aparta,
él hasta vos llegará,
le oireis, os convencerá...

ISABEL. Convencerme! Y esta carta?
No está escrita por María?
No le ha ofrecido su amparo?
Ah! Su crímen está claro
como el sol de mediodia.

BURLEIGH. Pero le habreis de escuchar,
y si viene...

ISABEL. Está juzgado.
No he de verle. Habeis mandado
que no le dejen entrar?

BURLEIGH. Sí.

ISABEL. Buscad un hombre fiel
que le ponga al punto preso
y comenzad el proceso.

UN PAGE. Milor de Leicester. (Anunci ando.)

ISABEL. El!
Teneis mis órdenes ya.
No quiero verle. (Viendo que el page vacila.) Dudais?

Decídselo así. (Con cólera.) No vais?
PAGE. Señora, no me creerá,
y temo...
ISABEL. Le hice subir
tan alto, que se concibe.
BURLEIGH. Su Magestad le prohibe (Al page.)
la entrada. Idlo á decir.
(Váse el page.) (Pausa.)
ISABEL. Acaso he obrado cegada,
de mí misma en menosprecio...

ESCENA II.

DICHOS, LEICESTER abriendo la puerta con violencia.

LEICEST. Quiero conocer al necio
que me impide aquí la entrada.
ISABEL. Temerario!
BURLEIGH. Entrar así
temeridad es, por Dios.
LEICEST. Dónde habeis entrado vos,
quién me niega el paso á mí?
(Arrodillándose ante Isabel.)
Sólo mi reina y señora,
y de su boca no más...
ISABEL. Yo no os quiero oir... Atrás.
Infame!
LEICEST. (Aun llegué á buena hora.)
Hay quien en mi ruina piensa,
mas venceré la traicion:
oisteis la acusacion,
escuchad, pues, la defensa.
ISABEL. Es inútil.
LEICEST. Cómo!
ISABEL. Hablad.
LEICEST. Quién jamás pensar podia
que mi reina llegaria
á dudar de mi lealtad!
De vuestra bondad abusan
los que mi ruina pretenden,
y al injuriarme, os ofenden.

ISABEL. Son hechos los que os acusan.
Dádme esa carta (A Burleigh.)
BURLEIGH. (Dando la carta á Isabel.) Héla aquí.
ISABEL. Leed, leed con sosiego
y negad que...
LEICEST. No lo niego:
esa carta es para mí!
ISABEL. Confesais!
BURLEIGH. La prueba es tal,
que negar es cosa ociosa.
LEICEST. Seria bien poca cosa
para cualquier juez leal.
Nadie, sino al que atosiga
de la envidia el cruel demonio,
daria fé al testimonio
de mi mortal enemiga.
A quien yo condené á muerte
y desprecié como amante,
de otro amor firme y constante
sujeto por yugo fuerte.
Mas limpio estoy del delito
y hablaré sin falsedad.
La carta es mia, y verdad
es lo que en ella hay escrito.
Yo, de vuestro bien celoso,
he tratado con María...
(Movimiento de incredulidad en Isabel y Burleigh.)
Sólo yo tentar podia
un juego tan peligroso.
Pese á la sagacidad (A Burleigh.)
vuestra, tan cruel como vana,
sin mí, la Stuardo, mañana
estaria en libertad.
Oyendo vuestros consejos
la reina, al dar su custodia
á Mortimer, que la odia,
ha ido demasiado lejos.
Le ha abierto su corazon
tan alto puesto al fiarle,
y aun ha llegado á encargarle
de una sangrienta mision.
ISABEL. Cómo!

BURLEIGH. Sabeis!
LEICEST. Causa risa
vuestra arrogancia sin nombre:
sabeis quién es ese hombre?
Un enviado de Guisa,
que á su nueva secta fiel,
dispuesto á lograr venia
la libertad de María
y la muerte de Isabel.
Más quien se puede extrañar
de que esto no hayais sabido
si del crimen cometido
no lograis el reo hallar?
Mientras que, por ruin venganza
de la envidia que os devora,
á vuestra reina y señora
llenais de desconfianza,
exento del mal que os ciega,
el traidor, el acusado,
sigue la huella al malvado
y prende al reo y le entrega.
Un hombre su brazo alzó
vuestra sangre por verter:
sabeis quién es? Mortimer.
Sabeis quién lo ha preso? Yo.
ISABEL. Así pagan mis favores
todos, y yo reina soy!
Todos... Es decir que estoy
rodeada de traidores.
LEICEST. Todos no, que yo...
ISABEL. Apartad.
LEICEST. Aun dudais?
ISABEL. Creeros deseo
y no sé si dudo ó creo...
Oh! Qué maldita mujer!
LEICEST. Sí, teneis razon por Dios.
Yo, que hasta hoy la he defendido,
su muerte inmediata pido.
BURLEIGH. Vos pedis su muerte? Vos!
LEICEST. Aunque su suerte inhumana,
como noble inglés, me aflije,

veo que es justa. Lo exije
el bien de mi soberana.

ISABEL. Yo lo pensaré despacio.

BURLEIGH. Mi admiracion no os oculto (A Leicester.)
Qué ocurre? (Al page que entra precipitadamente.)

PAGE. El pueblo en tumulto
se dirije hácia palacio.

BURLEIGH. Que cierren las puertas.

LEICEST. No.
Nada tiene que temer
la reina.

ISABEL. Qué puede ser?

LEICEST. Vendré á deciroslo yo. (Váse.)

ESCENA III.

ISABEL, BURLEIGH, luego TALBOT.

BURLEIGH. Señora, he juzgado mal
y mis sospechas deploro.
La prueba que mirlod dá,
su acento, su calma, todo,
demuestra bien claramente
que es leal.

ISABEL. Sois rencoroso
é incrédulo.

BURLEIGH. En este instante
todo mi rencor depongo.

ISABEL. Bien. Enteraos al punto
de qué causa el alboroto.

ESCENA IV.

DICHOS, TALBOT que entra precipitadamente.

TALBOT. Señora...

ISABEL. Qué ocurre, Talbot?

TALBOT. Se trama un complot infame
para nublar vuestro nombre
con una mancha de sangre.

No cedais á la violencia.
Sed reina, que no os engañen.

BURLEIGH. Pero explicaos.

TALBOT. El pueblo,
de quien sois señora y madre,
creyendo que vuestra vida
corre peligro, agrupándose
se dirige hácia palacio
extremeciendo los aires
con voces de horror y muerte.

ISABEL. Y qué quieren? Quién los trae?

TALBOT. Los ha congregado el ódio
contra una mujer culpable,
pero á quien vos solamente
podeis juzgar; delirantes
piden á gritos su muerte,
sedientos de noble sangre,
y una vez en el camino
y, como pueblo, irritable,
confunde en su indignacion
á traidores y leales.
Suena el nombre de Leicester
con los de Norfolk y Parry,
y el tumulto, que ahora incierto
cruza y conmueve las calles,
amenaza convertirse
en espantosa catástrofe.

BURLEIGH. Si lo que piden es justo
qué hay que temer?

TALBOT. No es bastante
que se pida la justicia.

ISABEL. Es que quieren obligarme?...

TALBOT. Ya lo veis... Y una vez rotas,
ya del respeto las llaves,
quien ayer pidió lo justo,
mañana querrá lo infame.
Poder que cede á la fuerza
no es poder, es vasallaje.
Trono que una vez vacila,
al segundo empuje cae.

BURLEIGH. Señora, el rumor aumenta.
Firmad. (Presentándole la sentencia.)

ISABEL. Dios mio! Dejadme.
Talbot, ya lo veis, me obligan!..
TALBOT. Quien puede á tanto lanzarse?
No sois la reina? Mostrad
que lo sois. En este instante
no es juicio, sino venganza
vuestra sentencia. Escuchadme:
dad de trégua un sólo dia.
BURLEIGH. Dilatad lo inevitable;
dad tiempo á que los traidores,
nuevamente despertándose,
al calor del alboroto
puedan conseguir sus planes,
y otro puñal más certero
contra vos en tanto se alce.
Tres veces Dios ha apartado
el hierro de vuestra sangre:
pedir un nuevo milagro
es tentar á Dios.
ISABEL. Dejadme.

ESCENA V.

DICHOS, LEICESTER, vivamente agitado.

ISABEL. Ah! Leicester!
TALBOT. Dios os manda.
Vos pensais cual yo sin duda...
LEICEST. Qué pretendeis?
TALBOT. Dadme ayuda
en esta noble demanda.
Vos, el vasallo más fiel,
libertad con mano fuerte
á una mujer de la muerte
y de un crímen á Isabel.
El pueblo...
LEICEST. Vengo en su nombre
á pedir que la sentencia
se cumpla.
TALBOT. Vos! Qué demencia!
LEICEST. Qué hay en ello que os asombre?
Dando á su duelo tributo,

la protegí con aliento;
pero hoy, que un crímen sangriento
llena á Inglaterra de luto,
negro crímen cometido
de esa mujer en provecho,
la piedad guardo en mi pecho,
y su pronta muerte pido.

ISABEL. Ya lo oís. Todos lo quieren.

BURLEIGH. Es la verdad que se impone.

LEICEST. Firmad.

TALBOT. Que Dios les perdone
y no mueran como hieren.
Os arrastran á una incierta
lucha que de juicio os priva.
Temeis á la Stuardo viva?
No, no; temedla más muerta.
Hoy su mano no os alcanza,
pero despues que sucumba,
ha de surgir de la tumba
como diosa de venganza.
Pasado el loco delirio,
el pueblo os la pondrá enfrente
dando esplendor á su frente
la corona del martirio.
La enemiga de sus leyes
ve en ello con rabia insana,
le vereis llorar mañana
por la nieta de sus reyes,
y el temor, fiel compañero
de la odiosa tiranía,
reemplazará á la alegría
con que hoy os ve el pueblo entero.
Y os huirá, que todo cede
del terror á la ley dura:
qué cabeza habrá segura
cuando esa cabeza ruede?

ISABEL. Por qué, burlando el destino,
de mi pecho amenazado,
há poco habeis apartado
el puñal del asesino?
Ya la lucha me intimida,
y desmayo y desespero...

A tanta costa, no quiero
la corona ni la vida.

BURLEIGH. Qué decis? Esa flaqueza
en un alma noble es mengua;
lo que ha dicho vuestra lengua
infama vuestra grandeza.
Y perdonadme, por Dios,
que oiros sin protestar
es, á una vez insultar
al pueblo, al trono y á vos.
Lo primero es el deber:
Dios, que vuestra causa abona,
os ha dado la corona
para luchar y vencer.
Vos, milord, vos que lograis (A Leicester.)
en su alma tal ascendiente,
hablad; decid lealmente
á la reina, qué pensais.

TALBOT. Podeis ser su salvacion.

LEICEST. Quién puede contraponer
la vida de una mujer
con el bien de una nacion?
Justa ha sido la sentencia;
el pueblo, que no la olvida,
hoy quiere verla cumplida:
resistir es imprudencia,
y puede estallar su encono.

ISABEL. Sea, pues.

BURLEIGH. (Logré vencer.)

TALBOT. Firmais?... No lo quiero ver!

ISABEL. Terrible peso del trono! (Vase.)

(Firma y se aparta con horror.)

BURLEIGH. Salvais á Inglaterra.

ISABEL. Sea.

LEICEST. Podeis dudar de mí ahora?

(Tomando la sentencia.)

BURLEIGH. Qué?

LEICEST. Permitidme, señora,
para que el pueblo la vea.

ISABEL. Ya están mis dudas deshechas,
pero el pueblo en su error fiero,
no confía en vos, y quiero

desvanecer sus sospechas.

BURLEIGH. Fácil es, en mi opinion,
conseguir tal resultado,
si milord queda encargado
de ordenar la ejecucion.

LEICEST. Yo!

BURLEIGH. Quién podrá imaginar
en vos la horrible firmeza
de ver caer la cabeza
que os acusan de adorar?

ISABEL. Me habeis sabido entender,
lord Burleigh, y así se hará.
(A Leicester, señalando á Burleigh.)
Milord con vos partirá
ese penoso deber.

LEICEST. (Fiera mujer vengativa!
La muerte mi vista altera.)

BURLEIGH. Qué haceis? (Viéndole vacilar-)

LEICEST. El pueblo me espera.
Viva Isabel!
(Asomándose á la ventana y agitando la sentencia en su mano.)

PUEBLO. (Fuera.) Viva! Viva!

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

CUADRO SEGUNDO.

La misma decoracion del primer acto. Repartidos sobre los muebles, ricos estuches y alhajas.

ESCENA PRIMERA.

MELVIL, ANA sentada, llorando.

MELVIL. Señora. *(Que entra.)*
ANA. *(Levantándose.)* Melvil! Sois vos?
MELVIL. No han querido darme entrada
hasta hoy.
ANA. Triste privilegio!
Hoy que á nuestra puerta llama
la muerte, vuelven los bienes
todos que antes nos negaban:
las joyas, las ricas prendas,
mirad, Melvil, esta sala:
hoy nos lo devuelven todo:
hoy, que no nos hace falta;
ayer, viva, la miseria;
hoy, al morir, la abundancia.
MELVIL. Y la reina?
ANA. Está rezando:
Dios sólo llena su alma.
Desde que oyó la sentencia,
altiva, mas resignada,
volvió sus ojos al cielo,
y en él puesta la esperanza
no ha conmovido su mente

ninguna afeccion mundana;
ha escrito su testamento,
si viérais!... Es una santa. (Llorando.)

MELVIL. Calmáos, que hoy el valor
es lo que más hace falta.
Yo lloraré mientras viva,
esta terrible desgracia,
nunca volverá á animar
una sonrisa mi cara,
y como el cuerpo, vestida
de luto llevaré el alma;
pero hoy quiero hacerme fuerte,
jurádmelo por Dios, Ana,
prometedme que entre tanto
que los demás con sus lágrimas
quiten valor á la reina,
vos, con mi ejemplo animada,
ahogareis vuestros gemidos,
sereis fuerte y tendreis calma.

ANA. Os lo prometo... Ella viene
os dejo solo... (Váse.)

MELVIL. Pobre Ana!

ESCENA II.

MELVIL, MARÍA.

(Al aparecer la reina, Melvil hinca la rodilla en tierra.)

MARÍA. Ah!... Melvil!... (Adelantándose y levantándole.)
Alzad, amigo.
Hoy es dia de victoria
y venís como testigo,
no á presenciar mi castigo,
sino á contemplar mi gloria.
Tambien á vos su rencor
os habrán hecho sentir
en este suelo de horror...

MELVIL. No he sentido otro dolor
que el no poderos servir.

MARÍA. Y Didier? El pobre anciano
ya habrá pagado tributo
á la edad...

MELVIL. Lo anheló en vano;
y hoy su temblorosa mano
ha de vestir vuestro luto.
MARÍA. Decidle que no le olvido,
que mi pecho dolorido
no siente más que un pesar:
el no poder abrazar
á todos los que he querido.
Mas si no logro ese intento,
les dejo en mi testamento
una prueba de mi amor,
tan rica de sentimiento
como pobre de valor.
Dádselas en nombre mio,
que, aunque humildes, yo confío
no mirarán su valía,
sino toda el alma mia
que con ellas les envío. (Pausa.)
Así cesan en su anhelo
mis afectos de este mundo...
Ay, Melvil! Sólo un profundo
dolor me aparta del cielo.
MELVIL. Qué decís?
MARIA. Con mano fuerte
cumple Isabel su venganza.
Oh! sí: su encono me alcanza
aun más allá de la muerte.
De culpas la negra carga
mi alma lleva ante el Señor.
Me niegan un confesor!...
Ved qué crueldad tan amarga!
No les basta en su victoria
verme humillada y vencida:
aquí me quitan la vida,
y allá (Señalando al cielo.) me roban la gloria.
MELVIL. Injustas son vuestras quejas.
La oracion del que fiel es,
llega hasta Dios á través
de los muros y las rejas.
En vano con hondas penas
lo intentarán los tiranos:
podrán ataros las manos...

para el alma no hay cadenas.

MARÍA. Déme fuerzas vuestro ejemplo;
mi fé sola no es bastante.
En este supremo instante
busco con afan el templo.
La dudosa claridad,
aurora que huye del mundo,
de aquél silencio profundo
la bendita soledad.
Las oraciones fervientes,
el rumor de las pisadas
medrosas y acompasadas,
los prosternados creyentes,
una imágen que este anhelo
anime con sus antojos,
algo en que fijar los ojos
mientras mira el alma al cielo.
Que como el amante ausente,
que lejos de la que adora,
la forzosa ausencia llora
aumentando el mal que siente,
y con afan insensato
intenta calmar su angustia,
besando ya una flor mústia,
ya una cinta, ya un retrato.
Pobres despojos sin vida
en los que él cifra su gloria,
solo porque son memoria
de aquella mujer querida,
el alma. del cielo en pos,
buscándole con locura,
en la más tosca escultura
halla un recuerdo de Dios.
Yo no le hallo y desvarío!

MELVIL. Esperad. Fé tan inmensa
merece una recompensa
y yo os la traigo.

MARÍA. Dios mio!

MELVIL. Mas la duda no os aflija;
comenzad vuestra oracion.

MARÍA. Qué decís?

MELVIL. (Descubriéndose.) Esta prision

es un templo, á Dios cobija.
Adiviné vuestra suerte,
ví que yo nada podia...
Era pobre y no tenia
cómo evitaros la muerte.
Pero rico en mi pobreza,
de bienes más soberanos,
soy sacerdote, y mis manos
os traen la mayor riqueza.
(Desabrochándose y mostrando colgado al cuello un relicario.)
El pan de la Eucaristía,
bien donde el cielo se encierra,
que á los reyes de la tierra
el Rey de reyes envia.

MARÍA. (Cayendo de rodillas.)
Mi Dios!... Dejad que demande
perdon. Oh!... Mi duda olvida.
No vale mi triste vida
una alegría tan grande,
Quién á tí no ha de acudir?
Quién no buscará reposo
en tí, mi Dios poderoso,
si haces dulce hasta el morir?
Ante tí el alma despierta
y en luz y en gloria se baña;
único amor que no engaña,
única esperanza cierta!
Escuchad mi confesion.

MELVIL. Vienen.
(Oyendo ruido de voces y pasos.)
No hay tiempo.

MARÍA. Un instante...

MELVIL. Nada temais, es bastante
vuestra inmensa contricion.

MARÍA. Y habré de morir así?

MELVIL. Los instantes son contados...

MARÍA. Oh!

MELVIL. Todos vuestros pecados
yo los tomo sobre mí.
Pues tengo de Dios poder
para atar y desatar,
salva estais, podeis marchar
á la muerte sin temer.

ESCENA III.

DICHOS, PAULETO.

PAULETO. (Entrando.) Señora, espera el Consejo...
MARÍA. Venid, iremos los dos
adonde el cuerpo de Dios
reciba... Decid, buen viejo,
que no les haré esperar...
Venid... Triste suerto mia!
Hasta esta santa alegría
tengo, mi Dios que ocultar...
(Vánse María y Melvil.)

ESCENA IV.

PAULETO, LEICESTER, BURLEIGH, JUECES, el VERDUGO y SOLDADOS por el fondo. ANA, MARGARITA, CLEMENCIA, KETTY, BERTA, ROSMUNDA BURGOYN y CABALLEROS por la izquierda. Despues MARÍA. LEICESTER se oculta detrás de los jueces. Los servidores de la reina lloran.

PAULETO. Entrad.
LEICEST. (No está!)
ANA. Son quimeras?...
¡Madre de Dios!
(Viendo al verdugo.)
BURLEIGH. Ya es la hora.
ANA. Ah! No son hombres, son fieras!
(María se presenta en la puerta apoyada en el brazo de Melvil.)
BURLEIGH. Vengo á recibir, señora,
vuestras órdenes postreras.
La reina me ha encomendado
que nada justo se os niegue.
MARÍA. Ya á sir Pauleto he entregado
mi testamento cerrado.
PAULETO. Se cumplirá.
MARÍA. Que no llegue
á mis pobres servidores
en castigo á su constancia

la pena de mis errores,
y puedan á Escocia ó Francia,
ir á ocultar sus dolores.

BURLEIGH. Libres estarán mañana

MARÍA. Lejos de sentir encono,
como otra pasion mundana,
decid á Isabel, mi hermana,
que mi muerte la perdono;
que fin sus rencores den
pues tan solo dicha y bien
mi alma á Dios para ella pide...
que mis injurias olvide
y me perdone tambien.

BURLEIGH. A decirlo así me obligo.

MARÍA. Vamos ya; sé tú mi guia (A Ana.)
y dáme en tu pecho abrigo,
cariñosa madre mia.
Tú sola vendrás conmigo,
yo sé que tienes valor.

ANA. ¡Señora!

BURLEIGH. No puede ser...

MARÍA. Es el único favor
que os he pedido, milord.

BURLEIGH. Eso no está en mi poder.

MARÍA. ¡Oh! sí lo hareis, yo confio
y os lo suplico rendida
vertiendo de llanto un rio.
Matadme, vuestra es mi vida,
pero el pudor, ese es mio.
Si la muerte merecí,
cúmplase el castigo aquí
como la ley lo reclame,
mas no ponga un hombre infame
su mano grosera en mí.
Acceded, no temais nada,
no penseis que sus clamores
eleve al cielo angustiada;
milord, está acostumbrada
á verme sufrir dolores.
Ah no rompais en pedazos
tan puros y amantes lazos...
vi los primeros destellos

del sol en sus dulces brazos,
que me halle la muerte en ellos...

PAULETO. Consentídselo, milord.

BURLEIGH. Si promete tener calma...

MARÍA. Respondo de su valor.
¡Ah! ven, Ana de mi alma!
Gracias por ese favor (A Burleigh.)
(Vá á salir y se detiene al ver á sus servidores que poco á poco han ido estrechándose en el fondo, como poseidos de terror.)
¿Por qué llorar? Alegría
deben sentir los leales
que Dios á mi lado envía,
al ver que ha llegado el dia
de que se acaben mis males. (1)
* Ayer: cuando prisionera
* rendida á la angustia fiera,
* lloraba humillada aquí,
* triste y sola, entonces era
* tiempo de llorar por mí.
* La muerte, con rostro amigo,
* me ofrece compadecida
* en su reposo un abrigo,
* que al morir, mueren conmigo
* los errores de mi vida.
* Hoy no es dia de tristeza:
* al recobrar mi grandeza,
* siento en mi mano la palma,
* la corona en mi cabeza,
* la dignidad en mi alma.
* Hasta mi mayor deseo
* me otorga el Sér Soberano,
* pues en este instante veo
* más que un amigo, un hermano
* fiel al Dios en quien yo creo.
En Francia podreis hallar
un descanso á estos dolores,
que el rey no puede negar
una patria y un hogar
á mis fieles servidores.

(1) Lo señalado con * debe suprimirse en la representacion.

* Pues si respetais mi anhelo,
* si me amais, si os es querida
* mi memoria, por el cielo,
* abandonad este suelo
* en cuanto acabe mi vida.
Que al cerrar mi sepultura
el pueblo inglés engreido,
no pueda con alma dura
gozarse en la desventura
de aquellos que me han querido.
Por el nombre de Dios puro,
de nuestra fé por la luz,
dejad este suelo impuro.
Juradlo sobre esta cruz.

MELVIL. Yo por todos os lo juro.

MARÍA. Gracias.

MELVIL. En mí descansad.

MARÍA. Todo cuanto yo poseo
vuestro es.

ANA. Señora...

MELVIL. Callad.

MARÍA. (Volviéndose á Burleigh que hace una señal de asentimiento.)
Y respetarán, yo creo,
mi postrera voluntad.
A tí, cuya vida empieza,
dejo mis piedras preciosas,
que en tu juvenil belleza,
adornando tu cabeza
parecerán más hermosas.
(Acercándose cariñosamente á Clemencia.)
* Alza la frente angustiada,
* Clemencia, no temas nada;
* tienes título mayor
* que ninguno á mi favor:
* eres la más desgraciada.
* Si tu esposo me ha vendido,
* tú, con noble corazon,
* todo por mí lo has perdido;
* ya verás que no he querido
* vengar en tí su traicion.
A tí, mi amparo y mi guía,

la joya de más valía
te dejo: la llevo aquí:
este pañuelo, Ana mia,
bordado todo por mí.
Lo bordé, ¡triste es su historia!
llorando sueños de gloria
y devorando sonrojos...
Véndame con él los ojos,
y guárdalo en mi memoria.

ANA. Me muero!

MELVIL. Llanto importuno!
Callad; yo tambien me muero.

MARIA. Llegáos todos, que quiero
á todos, uno por uno,
daros el adios postrero,
(Las damas rodean á Maria cayendo de rodillas y llorando.)
Adios... Adios, Margarita...
Adios, Ketty; estás helada
y arde tu boca marchita...
He sido odiada y maldita,
pero tambien muy amada.
Adios, Burgoyn, sed dichoso.
Adios, Berta, quiera el cielo
concederte un buen esposo,
que tu corazon hermoso
tiene de cariño anhelo.
—Tú, de mejor gloria en pos
serás esposa de Dios.
Haces bien: la dicha humana,
míralo en mí, es sombra vana...
Adios, el último adios...
(Al salir ve á Leicester que aparta la vista de ella; pero al ver que vacila y va á caer, se adelanta y la sostiene, apartándose enseguida con temor.)
Vos!... No os aparteis así...
Ya hay sólo un amor en mí...
Vuestro brazo me ofrecísteis
para sacarme de aquí...
Cumplis lo que prometísteis...
(Salen todos, á excepcion de Leicester, que queda inmóvil.)

ESCENA ULTIMA.

LEICESTER, luego MORTIMER y soldados.

LEICEST. Se fué!... De la noche el velo
cubre mi alma y me confunde...
Y esta bóveda no se hunde!...
Y aun me sostiene este suelo!
Caiga sobre mí en escombros;
pues que vivo todavía,
el cielo mismo podria
sostenerlo con mis hombros...
UNA VOZ. (Dentro.) Cogedle.
LEICEST. Qué puede ser?
Ya no te temo, destino.
OTRA VOZ. Atrás...
Abridme camino!
MORTIM. (Entrando en completa desesperacion.)
Miserables!
LEICEST. Mortimer!..
MORTIM. No está!.. Ya ha sido cumplida
la infamia! (Golpeando la puerta del fondo.)
Y verla no puedo!
(Se dirige hácia Leicester.)
LEICEST. ¿Qué intentais? (Retrocediendo y sacando la espada.)
MORTIM. No tengas miedo
que yo no quiero tu vida.
Ella es tu solo enemigo,
mas ya el riesgo le previenen;
los miserables no tienen
otro bien ni otro castigo:
Y pues ya no existe aquella
que fué vida de mi vida,
alma, ya tienes salida (Se hiere y cae.)
para volar en pos de ella.

FIN DEL DRAMA.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de *La Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9, y de *Fernando A. Fé*, Carrera de San Gerónimo.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion*, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.

Precio, 8 rs.